

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE CARLOS ALBERTO RONCHI MARCH

Pablo Cavallero

El 23 de mayo de 2010, a las 8:30, falleció el Profesor Ronchi, nacido el 26 de febrero de 1922. Egresado del Colegio Nacional de Buenos Aires con Medalla de Oro y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, ejerció en ambas instituciones la docencia a lo largo de cincuenta años. A los veinticuatro de edad sucedió a David Croce y ganó luego por concurso las cátedras de Lengua y Cultura griegas IV y de Filología griega en esa misma casa de estudios.

Fue fundador del Departamento de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas de la Academia Argentina de Letras, por la que, además, fue nombrado miembro de número en 1979 y a la cual representó en numerosos encuentros internacionales. Fue miembro del consejo directivo de EUDEBA y vicedirector de la revista *Argos* en sus orígenes. Autor de artículos de la especialidad, dictó docenas de conferencias en diversas universidades americanas y europeas y en muy diversas instituciones de nuestro país; fue profesor invitado en Heidelberg, concretó convenios en representación de la UBA ante las Universidades de Oxford y de Atenas y mereció distinciones de los gobiernos de Venezuela, de Italia y de Grecia y de la Fundación Konex. Como Director del Instituto de Estudios Griegos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, dirigió numerosos trabajos de investigación y fue jurado de tesis y de concursos docentes. Llegó a ser Investigador Principal en el CONICET, donde también ejerció cargos de gestión. Fue Profesor honorario de la UBA y de la Universidad de San Juan y asesor de varias revistas de su área de estudios. También se desempeñó como miembro de la Sociedad Argentina de Estudios Dantescos y secretario general de ella, participó de la Asociación Cultural Argentino-Germana; durante más de veinte años fue secretario de la Fundación Marone; asimismo, miembro del Consejo Consultivo del Fondo Privado para el Adelanto de la Ciencia, fundador de la Asociación Argentina de Estudios Clásicos y de la Sociedad Argentina de Lingüística, miembro titular de la Comisión Asesora en Letras y Filosofía del Fondo Especial para la Investigación científica de la UBA y de la Comisión de Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; también fue asesor de la Dirección Nacional de Altos Estudios, miembro de la Linguistic Society of America, de Baltimore, y de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina, con sede en Santiago de Chile.

Perteneciente a una generación anterior a la informática, publicó unos cuarenta trabajos escritos al estilo antiguo, a mano, transcritos a máquina, enviados por correo postal, con correcciones de pruebas de galera y de página, proceso lento y más tedioso que los actuales. Fue autor también de nueve

discursos de homenaje y de siete artículos periodísticos de difusión, además de haber pronunciado decenas de charlas radiales.

En el año 2003 fue homenajeado con un volumen, *Koronís*, organizado por sus colegas y discípulos de la UBA y, pocos meses antes de su fallecimiento, llegó a recibir un artículo-homenaje de su colega Carlo Alberto Mastrelli. En ese mismo tiempo dijo de sí mismo: "He sido durante toda mi vida y siento que lo sigo siendo, a pesar de la disminución que entrañan los altos años, un profesor de alma".

Pero más allá de estos datos, hay hechos y anécdotas que revelan su personalidad. Por ejemplo, solía contar que había recibido en su carrera universitaria siempre la máxima calificación en los exámenes finales; pero en el último, la presión de estar a punto de jugarse el otorgamiento de la medalla de oro, gran orgullo para sus padres, hizo que los nervios le jugaran una mala pasada y mereció entonces "sólo" un nueve. Perfeccionista –su letra pequeña, elegante, escrita en líneas que se dirigían hacia arriba sugiere este rasgo–, reunía innumerables fichas de bibliografía sobre variados temas, pero la imposibilidad del acceso a ella lo paralizaba. Ese perfeccionismo causó que muchas producciones quedaran sin publicar, entre ellas una traducción de *Los hermanos* de Terencio, una de *Caballeros* de Aristófanes, una edición crítica de los fragmentos de Safo y una quincena de estudios de lingüística, literatura o cultura clásica, como el discurso de incorporación a esta Academia que, hallado entre sus papeles, pudimos publicar *post mortem*. Solía quedarse en su departamento de Buenos Aires, en vez de retornar a su casa-refugio en Longchamps, para poder asistir a las nocturnas funciones de cine o de teatro que tanto lo atraían y que luego comentaba en clase, como un sutil crítico de arte. Y si llegaba a su casa desde la Facultad o desde las oficinas del CONICET, era frecuente que, sin quitarse el abrigo ni dejar el portafolios, se pusiera a contarle a su esposa algún problema o alguna cuestión que lo tenía preocupado. Una clase consistió en llevarnos a nosotros, sus alumnos, a la biblioteca del Instituto de Filología Clásica para mostrarnos, comentarnos y poner en nuestras manos las principales colecciones y publicaciones que serían instrumentos fundamentales de nuestro trabajo como estudiantes avanzados y como profesionales. Reiteraba anécdotas de su vínculo con grandes personalidades de la ciencia a quienes había tratado en Europa o en el país, como Giacomo Devoto, Giorgio Pasquali, Eugenio Coseriu, Bruno Gentili, Gabriel Bès, Hans Georg Gadamer, Karl Reinhardt, con los que mantuvo un trato constante o, si bien ocasional, profundo; no menos con los españoles Manuel Fernández Galiano, Martín Sánchez Ruipérez y Francisco Rodríguez Adrados, y con científicos 'duros', tres de ellos merecedores del premio Nobel, Werner Heisenberg, Bernardo Houssay y Luis Federico Leloir. Su biblioteca contaba con unos quince mil volúmenes, entre libros y revistas, casi todos con anotaciones marginales y papeles adheridos, con comentarios e indicaciones y remisiones a reseñas o con recortes de artículos periodísticos vinculados con el tema; no sólo obras so-

bre griego y latín, sino sobre literatura y gramática españolas, lingüística, poética, comunicación, literatura francesa, inglesa e italiana, historia y literatura argentinas y curiosidades de psicología, matemática o química: son prueba de su inmensa cultura.

Ese ideal de perfección al que hicimos referencia pudo ser el eje del discurso de ingreso al que ya aludimos, titulado "Dioniso y el dios de Delfos: la imagen de lo apolíneo en Grecia antigua", en el que plantea el problema de la supuesta oposición entre lo racional y lo irracional en la cultura griega. Y decía Ronchi que una respuesta a ese problema depende de –cito– "nuestra personal toma de posición frente a los testimonios de la Antigüedad y, sobre todo, frente a las diversas actitudes o metodologías con que se ha intentado y se intenta interpretar lo griego desde el siglo XVIII, desde Winckelmann, hasta nuestros días", "toma de posición [que] no es ni debe ser posible sin comprometer en ella la concepción que hayamos podido alcanzar de nuestra propia vida, particularmente en el aspecto religioso"¹. Frente a la opinión de Walter Otto, quien veía en los griegos unión y alianza de lo racional y de lo irracional, Ronchi veía integración de los dos aparentes contrarios. Y lo explica así: "Porque a mi juicio el espíritu de lo dionisiaco, espíritu del abismo y de la noche, espíritu cíclico de la vida y de la muerte, se incorpora en Delfos, sin perder del todo sus atributos, a lo apolíneo, pero con predominio de este último [...] En una época como la nuestra, en la que [...] ha estado y sigue estando en primer plano lo irracional, me complazco en invocar el anhelo que caracterizó a la cultura griega más antigua: elevarse, en terrible lucha con las fuerzas oscuras de lo profundo, hasta la luz de lo racional, quiero decir, de lo humano en su más alto sentido"². Y más adelante advierte: "Pero, insisto, no confundamos equilibrio racional con frialdad ni con pasividad. [...] El mito nos muestra a veces a Apolo conturbado por sus propias pasiones, pero al cabo su luz interior vence siempre al dragón"³. Y destaca Ronchi una sentencia délfica, "μετανόει ἁμαρτῶν 'arrepientete si te has equivocado, si has obrado mal'. Con lo cual se comprueba", dice nuestro homenajeador, "contra lo que creyeron importantes historiadores de la religión y de la ética antiguas, que entre los griegos existió claramente el concepto de arrepentimiento que puede dar lugar al perdón"⁴.

Para Ronchi el estudio de la cultura griega debía cambiar nuestro interior como lo hace la religión. Debía pulirnos, integrar, hacer conocer y perdonar. Y perdonarnos. Por eso su palabra solía ser pausada, calma, muchas veces irónica, sarcástica y exageradamente autocrítica, pero siempre sutil y pensada; la acompañaba un gesto que alternaba lo serio y adusto con una sonrisa que buscaba desviar en el interlocutor la intelección de su opinión como una sentencia sabia y definitiva. Y, como calificación de cierre de algún comentario, solía repetir

¹ Cf. *Boletín de la Academia Argentina de Letras* LXXVII, N° 321-2 (2013), pp. 389-400; cita de p. 390.

² *Ibidem* p. 396.

³ *Ibidem* p. 397.

⁴ *Ibidem*, pp. 399-400.

una frase que sus discípulos imitábamos en el tono: "es una cosa tremenda". En esta frase, Ronchi empleaba la forma española del adjetivo griego δεινός, vinculado con el verbo δείδω, 'temer', pero que se dice de aquello que es 'tremendo' porque causa un temor reverencial, un temor asombrado, maravillado, que deja sin palabras, con una suspensión del intelecto⁵. Y, precisamente, podía ocurrir esto en quien oía sus opiniones.

Porque él mismo no era 'perfecto' y se sabía imperfecto. El haber reunido tantos libros que invadían el hogar en todos los rincones, el dedicar tantas horas a la lectura crítica tuvieron sus costos en el ámbito familiar, en el que no faltaron reproches. Sin embargo, como todo es una integración de blancos y negros con muchas gamas de grises, eso se compensaba con una gran generosidad. Porque Ronchi tenía mucho del antiguo Sócrates, que podía quedarse horas en pie, meditando un asunto, o pasar otras junto a los jóvenes a quienes quería hacer reflexionar y crecer. A pesar del oscurantismo que muchas veces veía en su derredor, ante ellos Ronchi March solía llegar a una frase esperanzadora, pensando quizás que los jóvenes, a quienes tanto alentaba, podrían hacer un mundo mejor. Tenía la capacidad optimista de confiar en los talentos prometedores y de ayudarles a abrirse camino.

Algunos de ustedes lo conocieron personalmente en este ámbito académico, si bien la mala salud y la larga distancia lo obligaron a ausentarse en sus últimos años; supongo que podrán corroborar, ampliar y matizar algunos de estos rasgos que he mencionado de modo incompleto para ilustrar a quienes sólo conocen su retrato. Para hacer referencia a una película, ya que él amaba tanto el cine, voy a recordar la que se titula *Coco*, en la cual se destaca que los muertos realmente mueren cuando son olvidados y se deja de mencionarlos⁶, con un criterio similar al que podemos deducir de que en griego clásico existía el verbo θνήσκω 'morir' pero también el compuesto ἀποθνήσκω, en el que el prefijo marca el acabamiento o cumplimiento total de la acción, el 'morir totalmente'. Sin duda, Ronchi March dejó una huella que merece recuerdo y gratitud y sería injusto que muriera 'del todo'⁷.

⁵ Cf. A. Bailly, *Dictionnaire Grec-français*, Paris, Hachette, 1950, p. 439. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, Paris, Klincksieck, 1999, pp. 255-257, s. v. δείδω. R. Beekes, *Etymological dictionary of Greek*, Leiden, Brill, 2010, p. 310.

⁶ Película de animación de Disney-Pixar, Estados Unidos, 2017. Dirección de Lee Unkrich y Adrián Molina. Ganó el Globo de Oro.

⁷ Para una semblanza general de su persona y su obra cf. nuestra nota en el *Catalogus philologorum classicorum*, <http://www.aristarchus.unige.net/CPhCl/it-IT/Database>